

Identidad, cultura y políticas culturales: nación y Estado nacional

Identity, Culture and Cultural Policies: Nation and Nation-State

Gisela Kozak Rovero*

Profesora Titular de la Universidad Central de Venezuela. Narradora. Doctora en Letras. Consultora en políticas culturales. Coordina actualmente el Observatorio Venezolano de Políticas Culturales en el Instituto de Investigaciones de la Comunicación. Profesora en la Escuela de Letras. Maestría en Estudios Literarios y Maestría en Gestión y Políticas Culturales.

Resumen

Las nociones de identidad nacional, cultura nacional y nación han sido ampliamente debatidas en el seno de las llamadas ciencias sociales y humanidades. Se da por sentado que se trata de construcciones históricas vinculadas con los poderes económicos, sociales, políticos y culturales en juego. Este tema es fundamental para las políticas del Estado venezolano petrolero, las cuales tienen un impacto determinante en el quehacer de la población, dado el manejo estatal de gigantescos recursos económicos. En el caso específico de las políticas culturales, las mismas están llamadas a promover, financiar y acompañar las prácticas y valores culturales de la nación, pero la escogencia de las mismas para su eventual soporte constituye un tema clave. En una sociedad polarizada como la venezolana, visiones controvertidas sobre nuestro pasado, presente y futuro se enfrentan en una lucha en la que el Estado deja a un lado las normas básicas de convivencia

Abstract

The notions of national identity, national culture and nation have been widely discussed within the so-called social sciences and humanities. It is assumed that these are historic constructs linked to the economic, social, political and cultural powers. This issue is central to the politics of oil in the Venezuelan State, and has a decisive impact on the population since the former administers huge economic resources. In the specific case of cultural policies, they should promote, finance and execute cultural practices and values of the nation, but choosing them in a way that they are potentially supported is a key issue. The Venezuelan society is polarized, and its people have controversial views about their past, present and future. There is a fight in which the State sets aside the basic rules of democratic coexistence to become an instrument of the revolutionary government. This situation can be reversed in the future with the creation of

* **Correo electrónico:** gisela.kozak@gmail.com

Recibido: 04-03-2015

Aprobado: 27-06-2015

democrática para convertirse en instrumento del Gobierno revolucionario. Esta situación puede revertirse en el futuro si se crean mecanismos e instituciones realmente democráticas capaces de asegurar si no el fin del conflicto, al menos la convivencia pacífica.

truly democratic institutions able to ensure, at least, peaceful co-existence or even the end of the conflict.

Palabras clave

Identidad; cultura; políticas culturales

Key words

Identity; culture; cultural policies

INTRODUCCIÓN

El objetivo del presente artículo es analizar la relación existente entre la identidad, las políticas culturales y la cultura en el marco de la nación y del Estado nacional, tomando como referencia fundamental el caso venezolano. Se parte en el análisis de las siguientes premisas:

- a) Los Estados son “redes complejas de instituciones, leyes y prácticas, el alcance espacial de las cuales ha sido difícil de garantizar y estabilizar en territorios determinados” (Held y McGrew, 2003, p. 39). Se fundan para su supervivencia a través del tiempo en el sentido de pertenencia que significa las naciones: “colectividades transclasistas que comparten un sentido de identidad y un sentido político colectivo” (p. 39). Los Estados nacionales modernos tienen necesariamente que apelar a “lo nacional” para contar con el apoyo de esa colectividad transclasista llamada “pueblo”.
- b) Definir un conjunto de rasgos que constituirían la “identidad nacional”, en tanto expresión de la “cultura nacional”, que diferenciaría a una nación de otras naciones, es una decisión política o, en palabras del estudioso marxista Stuart Hall (2010, p. 314), una política de identidad que establece un sentido de pertenencia entre los individuos para la consecución de determinados objetivos políticos, sociales o culturales; no obstante, el propio Hall advierte contra los riesgos de una “identidad-amo” que subsuma todas las demás y se vea a sí misma como certeza (pp. 368-369). En definitiva, no existen rasgos invariantes que puedan atribuirse a una nación determinada desde su fundación hasta el presente. Como dice el historiador Manuel Caballero, no existe la identidad nacional, sino la conciencia nacional como compromiso con un territorio y un quehacer colectivo (2001, p. 204).

- c) La cultura abarca “el conjunto de procesos sociales de producción, circulación y consumo de la significación en la vida social” (García Canclini, 2005, p. 34). Tales procesos en relación con lo nacional son controvertidos; la “cultura nacional” está siempre en permanente discusión y es en definitiva una “narrativa” unificadora.
- d) La “cultura nacional”, como “narrativa” unificadora, constituirá una moral, un conjunto de valores colectivos que se refuerzan como paradigmáticos de la nación; desde ellos se determina lo “nacional” como inclusiones y exclusiones que pueden convertirse en política de Estado (Benhabib, 2011, cap. 1, location 379). Esta situación se torna peligrosa cuando el poder del Estado sanciona lo “nacional” como entidad monolítica que debe ser defendida de las amenazas externas e internas; en definitiva, asumir una “cultura” como completamente cohesionada y diferenciable de otras desconoce el carácter histórico, conflictivo, abierto y heterogéneo de su conformación (Benhabib, 2011, cap. 2, location 856). La advertencia de Jesús Martín Barbero es muy pertinente: “Mirada desde la cultura-mundo, la nacional aparece provinciana y cargada de lastres estatistas y paternalistas. Mirada desde la diversidad de las culturas locales, la nacional equivale a homogeneización centralista y acartonamiento oficialista” (2001, p. 39).
- e) Es indispensable plantear lo nacional desde las políticas culturales de Estado como la convivencia de la pluralidad de pensamiento y creación en el horizonte de una democracia en constante creatividad y renovación, sustentada en los derechos humanos y culturales, con muy diversas formas de debate y participación en la toma de decisiones en cuanto a las políticas públicas que acompañen la creatividad. La cultura y las naciones son obra de la gente; el intervencionismo y el dirigismo estatal pueden convertirse en un límite preciso para el hacer cultural.
- f) Las naciones continúan teniendo un enorme peso como factor de arraigo y horizonte de existencia (Benhabib, 2011: cap. 7, location 4579; Grimson, 2011, p. 143), pero solo el más férreo autoritarismo podría ocultar la inevitable presencia del conflicto y la controversia entre visiones, estilos de vida y proyectos de país. Para dirimir tales conflictos y controversias son necesarios instituciones y mecanismos democráticos fuertes, capaces de permitir consensos en lugar de dominación.

El análisis se ha organizado en torno a tres temas: lo nacional como problema, el Estado y los sectores de izquierda en las políticas culturales de Venezuela y el papel de las políticas culturales en el futuro del país.

LO NACIONAL COMO PROBLEMA

Los Estados, especialmente en los siglos xx y xxi, definen marcos jurídicos, instituciones y planes cuyo fin último es favorecer la conciencia nacional, que funciona como cemento del vivir juntos en un determinado territorio, pero están muy lejos de hacerlo de la misma manera. Así, las políticas culturales de una democracia no serán iguales a las de una dictadura militar, a las de un Estado teocrático o a las de una dictadura de izquierda de partido único como la cubana. En las políticas de Estados como Francia, Alemania, Colombia o Ecuador lo nacional es debatido en marcos multiculturales, producto de la migración o de la existencia de una amplia diversidad cultural interna; igualmente se toman en consideración las industrias culturales y las tecnologías de información y comunicación. En cambio, lo multicultural venezolano –tal como está planteado en la Ley Orgánica de Cultura vigente– responde a las culturas constitutivas de la nacionalidad (de raíz española, africana e indígena). Se trata, pues, en este caso de un pasado que hay que proteger, redescubrir y defender de la intervención extranjera y se inscribe en la resistencia a la globalización, entendida como expresión última del capitalismo mundial. Desde luego, tal visión no cuenta con el respaldo de la población opositora, no es aprobada de forma unánime en el seno de los partidarios de la revolución e incluso es incoherente con otras políticas revolucionarias, pero demuestra el carácter altamente problemático que tiene la definición de lo nacional desde la óptica del poder estatal en el contexto de una sociedad tremendamente polarizada y conflictuada como la venezolana.

Pero incluso en países que no viven estas situaciones extremas la definición de lo nacional es objeto de controversia. Tal constatación ha propiciado que la noción de identidad nacional sea ampliamente discutida y cuestionada en el terreno de las humanidades y las ciencias sociales; no obstante, su poder convocante como ideal y legado de prácticas y valores que deben sustentar los más altos fines de una nación sigue teniendo una sorprendente presencia, evidente, por ejemplo, en las políticas culturales del Estado venezolano actual. Autores como Jesús Martín Barbero (2001), Manuel Caballero (2001), Seyla Benhabib (2011), Homi Bhabha (2010), Stuart Hall (2010), Néstor García Canclini (2004), David Held y Anthony

McGrew (2003) coinciden desde posturas teóricas y políticas diferentes en que la identidad fundada en una cultura nacional es un relato, una narrativa, es decir, una explicación de la historia, el origen y los fines de nación que portan determinados grupos sociales para unificar a la población. Las identidades, por ende, tienen carácter histórico, no son “esencias” transmisibles de generación en generación, cuya preservación puede asegurarse a través de las políticas públicas, en particular las educativas, comunicacionales y culturales. Visto así, “ser” venezolano no puede despacharse fácilmente apelando a una serie de rasgos definidos aunque estos parecieran evidentes (gastronomía, geografía, historia, religión, patrimonio tangible e intangible, etc.) y propios de la venezolanidad desde siempre. Venezuela no es la misma desde el siglo XIX; se trata de una entidad compleja y diversa sujeta al impacto de procesos económicos, sociales, políticos, comunicacionales, ecológicos y culturales que nos trascienden como país y que en nuestros días suelen agruparse bajo el término globalización.

Ahora bien, formar parte de una nación es una parte nada despreciable de la vida de cada individuo. Ser venezolano(a) no se reduce exclusivamente a la conciencia de pertenencia territorial o a ser miembro de un Estado con un orden constitucional cuyas determinaciones jurídicas y políticas interpelan la condición de ciudadanía en actos, por ejemplo, como el voto o la participación en la defensa militar del territorio. Tampoco se reduce a las consecuencias del funcionamiento de la economía y del peso de la administración del Estado. Estamos juntos porque pertenecemos a una nación y tenemos conciencia plena de ello en tanto miembros de la misma; tal pertenencia implica valores y prácticas culturales. Estos, en principio, deben ser promovidos desde las políticas culturales, el “conjunto de intervenciones realizadas por el Estado, las instituciones civiles y los grupos comunitarios organizados a fin de orientar el desarrollo simbólico, satisfacer las necesidades culturales de la población y obtener consenso para un tipo de orden o de transformación social” (García Canclini, 2005, p. 74).

El meollo de las políticas culturales consiste en cuáles son esos valores y prácticas y quién(es) los legitima y escoge para, como dice García Canclini, satisfacer necesidades y obtener consenso para un determinado orden social, en lugar de promocionar una “identidad nacional”. Se trataría, en principio, de todo un legado que alcanza desde la música y las artes visuales hasta la gastronomía, la literatura, las artes del espectáculo, la historia, los valores morales, la ética, las creencias religiosas, la arquitectura, las tradiciones. Este legado cambia y se redefine en función de sus propias lógicas de creación, difusión y recepción, pero

la intervención de las políticas públicas puede inclinar la balanza abiertamente en una dirección u otra, sobre todo en Estados autoritarios y fuertemente centralizados como el venezolano. Un ejemplo pertinente es la manera en que se han diferenciados diversos circuitos de creación, difusión y recepción cultural e intelectual en Venezuela de acuerdo con los ritmos propios de la polarización política (Kozak Robero, 2015, p. 47).

LO NACIONAL DESDE EL ESTADO: EL PROTAGONISMO DE LA IZQUIERDA EN EL QUEHACER CULTURAL VENEZOLANO CONTEMPORÁNEO

Desde el siglo XIX existen lo que Benhabib llama “relatos controvertidos” (2010, cap. 1, location 349) sobre lo nacional venezolano; la única carta de triunfo posible de algunos de esos relatos no era tanto el ser creíble y fundarse en aspiraciones colectivas, sino la posibilidad de encarnarse en el poder del Estado. La Guerra Federal puso fin a la economía esclavista y fomentó el sentido igualitario social que se propone en Venezuela como *ethos* nacional (sin entrar a considerar lo que este sentido igualitario significa y las formas que tomaría en el futuro), pero las elites continuaron protagonizando el debate público y el poder, a despecho de las grandes mayorías sin ni siquiera derecho a voto. Como indica Manuel Caballero (2001, pp. 202-203), sería el Estado el que a través de su acción construiría el espacio económico, político, social y cultural que configura la nación venezolana, lo cual marcaría su largo protagonismo como creador de condiciones para la actividad social y, desde luego, para el quehacer cultural. Este protagonismo ha estrangulado en cierto modo la fuerza civil de la nación, como indica el sociólogo y ensayista Miguel Ángel Campos (2001, pp. 185-186): el Estado pareciera el único espacio para dirimir nuestra condición de habitantes permanentes de un territorio llamado Venezuela. En el caso de las políticas culturales, el mismo ha sido central para crear las condiciones del quehacer, a diferencia de otras naciones en las que el sector privado tendría un rol central en el desarrollo de la institucionalidad y la actividad cultural. La transformación de Caracas de manos del dictador Antonio Guzmán Blanco manifestaba el impulso civilizatorio común de la época: modernizar a la europea planificando desde el Estado pero apelando al culto a Bolívar para estimular la conciencia nacional. Desde el punto de vista urbano, lo mismo ocurrió entre los años cuarenta y setenta del siglo XX con la ciudad capital y otras ciudades del país y ahora con la Misión Vivienda, programa para los sectores populares.

Entre el siglo XIX y las primeras décadas del siglo XX se fundaría entre artistas y escritores una política cultural que llegaría a ser política de Estado: el criollismo. La identidad nacional, aquella que nos diferenciaría de otros países y de nuestra antigua condición de colonia, cristaliza en políticas de Estado en los años cuarenta con la Revolución de Octubre en 1945. Aquel “pequeño género humano” del que hablaba Simón Bolívar en 1815 en la Carta de Jamaica (<http://www.ensayistas.org/antologia/XIXA/bolivar/>) sería el centro de la obra del narrador Rómulo Gallegos, que no en balde fue el primer presidente elegido por votación universal, directa y secreta en Venezuela. Educar a ese “pequeño género humano” en los valores de la nacionalidad provenientes de nuestra raíz africana, española e indígena, sería el fin de las políticas culturales del Estado, tal como lo demuestra “La fiesta de la tradición”, organizada en 1948 por Juan Liscano para la toma de posesión de Gallegos. La dictadura de Marcos Pérez Jiménez, quien participó en el derrocamiento de Gallegos ese mismo año, prolongó esta idea del mestizaje en la arquitectura monumental neoclásica con la que desplegó el imaginario viril y natural de nuestra identidad “mestiza”, cuya máxima expresión visual fue Pedro Centeno Vallenilla con sus musculosos varones de diversa piel y sus vigorosas y curvilíneas mujeres que mostraban sus encantos cual cornucopia. Como se ha repetido ya muchas veces, la política cultural del Estado fomentó un nacionalismo acicalado muy visible en las “Danzas Nacionalistas”, dirigidas por Yolanda Moreno, y en el éxito de Juan Vicente Torrealba, paradójica vocación rural en un país que se modernizaba a toda velocidad, dada la pasión constructora del dictador. La diferencia con las políticas de los socialdemócratas de los años cuarenta es que estas tenían un alcance popular y democrático de la que carecían la dictadura, y el mestizaje, que ha sido luego muy discutido como categoría de análisis y definición cultural, se veía como reivindicación y punto de partida, no como decoración de la modernización del país.

El socialismo del siglo XXI comparte la vocación si se quiere premoderna en cuanto a lo identitario venezolano: la Ley Orgánica de Cultura vigente en Venezuela subraya el protagonismo de las culturas constitutivas de la nacionalidad respecto a nuestra “identidad nacional” y entiende la diversidad cultural en este sentido. Es un giro jurídico que parecería extraño en un gobierno tan dado a los medios de comunicación, a invertir en industrias culturales como el cine y la edición y a fomentar la acción cultural juvenil en los sectores populares urbanos. Efectivamente, la ley no interpreta la importancia de la ciencia, la tecnología, la estética, las industrias culturales y el pensamiento internacional en cuanto a las sensibilidades culturales y creadoras de todos los sectores sociales del país. Además, es imposible soslayar

que fuimos un país receptor en el siglo xx de corrientes migratorias europeas, asiáticas, africanas y latinoamericanas, cuya impronta es comprobable y estamos sujetos a corrientes culturales internacionales, al igual que otras naciones en el mundo. Tal “pasatismo” se evidencia también en otras políticas del Ministerio del Poder Popular para la Cultura con su exaltación de la alpargata como calzado nacional y del conuco como nuestra forma tradicional de la producción agraria que debe promoverse.

En estas inclinaciones premodernas subyace la versión revolucionaria de la historia venezolana, que niega toda ganancia histórica—excepto la independencia, la Guerra Federal, el nacionalismo del dictador Cipriano Castro y la resistencia de izquierda en los años sesenta— antes de 1998. Reconocer como un hecho que gran parte de las instituciones culturales modernas venezolanas surgieron entre 1958 y 1998 —período de la democracia representativa burguesa responsable de todas las desgracias del país, según el Gobierno actual, y herederos de los traidores a Bolívar desde José Antonio Páez hasta la llegada de Hugo Chávez Frías— es impensable en la gestión cultural socialista porque se interpreta como automática adhesión a lo no venezolano (la oposición). Lo único que se rescata de esos cuarenta años fueron los golpes de Estado liderados por Hugo Chávez en 1992, los saqueos de 1989 y, repito, los movimientos de izquierda que le hicieron la guerra a la democracia representativa desde el antiimperialismo, la simpatía por la Revolución Cubana y el marxismo, o también con las armas y el apoyo de Cuba, específicamente en los años sesenta.

El Gobierno actual olvida el protagonismo de la izquierda en las instituciones culturales y universitarias y en el campo artístico y literario de Venezuela entre 1958 y 1998, asunto que se repite en otros países de América Latina. Esta izquierda, por cierto, fue un formidable rival del criollismo y de la idea del mestizaje desde su impugnación como mistificación de la desigualdad y desde el innegable cambio de la faz del país ya predominantemente urbana. Venezuela tenía que ser un país moderno, con una estética que se alimentara de lo mejor del mundo internacional para renovar su pensamiento y su idea sobre sí misma. La izquierda que reivindicaba lo rural, lo telúrico y lo tradicional lo hacía a la manera de Aquiles Nazoa, César Rengifo, Alí Primera o el grupo Madera: desde los instrumentos de la modernidad. Sin duda hubo un resquebrajamiento de toda una manera de vivir ligada a una identidad “esencial” premoderna y sobre todo prepetrolera, y fue ese resquebrajamiento el que hizo inviable pensar a Venezuela desde las propuestas de las primeras décadas del siglo xx.

Las políticas culturales del Estado respaldaron la creación de una institucionalidad amplia e importante que obedecía más a la necesidad de ponerse en consonancia con la institucionalidad cultural internacional que a su impacto real en la vida cotidiana de las mayorías, lo cual es parte de los errores que le costarían la caída al bipartidismo socialdemócrata (Acción Democrática) y socialcristiano (Copei). Esa institucionalidad había absorbido a finales de los sesenta y principios de los setenta parte importante del contingente intelectual y artístico que había apoyado a la guerrilla marxista respaldada por Cuba, y continuó su desarrollo hasta los años ochenta. Ha sido tan importante que fue continuada por la revolución así sea cambiándole los nombres o los logos a las instituciones, pero no posicionó las áreas de acción cultural del Estado en el imaginario nacional de un modo perdurable, excepto en los mismos terrenos que lo ha seguido haciendo la Revolución Bolivariana: el Sistema de Orquestas Infantiles y Juveniles y el cine (en especial en los años setenta y ochenta del siglo pasado).

Aunque el relato de la nación venezolana de identidad policlasista, igualitaria, mestiza y moderna alimentó las políticas culturales, educativas y comunicacionales del Estado entre 1958 y 1998, otras narrativas explicaban la democracia como fracaso absoluto, el petróleo como maldición, nuestra producción cultural como relativamente inocua, amén de minoritaria, y la existencia de masas alienadas por la industria cultural norteamericana. Las impugnaciones surgían de las universidades públicas y del campo literario y artístico. Parte de estas elites harían alianzas con los militares en 1992 y darían pie a la Revolución Bolivariana, pues el liderazgo de Hugo Chávez Frías conectó con sectores populares y sectores medios, cuya vida había sido duramente golpeada por la baja de los precios del petróleo y el mismo problema que afronta actualmente la Revolución Bolivariana: el modelo rentista tarde o temprano se tambalea. Y conectó, por supuesto, con el sólido militarismo que ha regido nuestra historia desde el siglo XIX.

Durante la revolución, estas elites de izquierda provenientes de universidades y de la institucionalidad cultural de la democracia representativa, sufrieron una división después de haber contribuido con el articulado cultural de avanzada de la Constitución de la República Bolivariana de Venezuela (1999). Tal división se produjo cuando entendieron la existencia de un proyecto distinto al que habían prohiado en la Constitución y al que se reflejó en el proyecto de Ley de Cultura adelantado por el entonces presidente del Consejo Nacional de la Cultura (Conac), Manuel Espinoza. Parte de esas elites pasaría a la oposición y otra se colocó en la senda de la gestión cultural sectaria y excluyente, tal como se plantea en el

Plan Socialista 2007-2013, el Plan de la Patria 2013-2019 y la Ley Orgánica de Cultura. Dada esta circunstancia, no se abrió un espacio de debate profundo sobre los inconvenientes de una institucionalidad que se modernizó, pero cuyo alcance en las bases mismas de la sociedad había sido limitado; se le condenó en bloque por “burguesa” y “elitista” sin historiar la realidad del protagonismo de la intelectuales, escritores y artistas de izquierda en la conformación del campo cultural venezolano y sin evaluar lo logrado como parte del quehacer de los venezolanos, no simplemente de los gobiernos de turno. El mito fundador de la Revolución Bolivariana es la demonización de doscientos años de traición al legado bolivariano; reconocer los logros del pasado es pecado en un país por lo visto condenado a refundarse periódicamente.

POLÍTICAS CULTURALES Y DEMOCRACIA: EL FUTURO

Aunque el Estado fue central en el quehacer cultural entre 1958-1998, el componente autonómico de la institucionalidad moderna funcionó hasta el punto que, como ya se señaló, los adversarios históricos de la democracia representativa –la izquierda en sus distintas variantes– fueron protagónicos en ella. Pero tal autonomía, la cual no se evalúa aquí como positiva o negativa, sino como un hecho de la modernización de la institucionalidad cultural, desaparece con la Revolución Bolivariana, pues se asumen las políticas culturales en términos de la creación de una nueva hegemonía, creación que es entendida en términos de propaganda, sectarismo, clientelismo y rechazo dogmático de la crítica. El objetivo ha sido desplazar a los sectores protagónicos de la “Cuarta República” y sustituirlos por el pueblo pobre organizado en el Estado comunal; pero lo que ha ocurrido es que las elites del Partido Socialista Unido de Venezuela, nucleadas en torno al culto a la personalidad de Hugo Chávez Frías y a la lealtad a Nicolás Maduro, tienen los hilos del poder. Como indica la historiadora Margarita López Maya, en entrevista concedida a David González, no es sencilla la construcción de un Estado comunal, pues la comuna supone, teóricamente, la autogestión productiva, y hasta ahora lo que se ha visto es la transferencia directa de renta petrolera –sin duda positiva en cuanto a sectores muy empobrecidos pero nada novedosa respecto a la democracia representativa– a cambio de su progresiva sujeción al Estado. La Ley Orgánica de los Consejos Comunales ordena que la finalidad de estos es construir el socialismo (González, 2013, pp. 47-49), término inexistente en la Constitución de la República Bolivariana de Venezuela. Tampoco parece

fácil construir una nueva hegemonía por vía simplemente de políticas públicas, cuando al menos la mitad del país no está de acuerdo con la revolución, según las elecciones nacionales de 2013.

En todo caso, el relato de la nación venezolana como policlasista, igualitaria, mestiza y moderna –que cimentó décadas de políticas culturales en Venezuela y permitió la existencia de un fuerte sector intelectual y cultural de izquierda antigobierno dentro del Estado– fue sustituido por el relato de lo popular, traicionando política, social, cultural y racialmente, el cual soporta una gestión cultural orientada a la lealtad sin fisuras a la revolución, alimentada con la transferencia de renta petrolera. El punto en estas líneas no es cuál de las dos visiones sobre lo nacional venezolano es más cierta o válida; simplemente se subraya que el modelo de transferencia de renta vía subsidio ha cambiado de unos grupos a otros, pero no transformó la médula misma de la dependencia hacia el Estado. Ahora se privilegian los criterios políticos más que los culturales, estéticos o artísticos. Lo popular, desde este punto de vista, solo puede ser redimido desde el socialismo del siglo XXI, desde el Estado comunal como meta, sin opciones para otro modelo político-económico y con pequeños espacios de menguado poder local para la oposición organizada. Ha sido sin duda una narrativa poderosa de la venganza y la redención firmemente enlazada al reparto de la renta petrolera y con raíces en una historia de asonadas, golpes, supremacismo militar e incapacidad productiva, que opaca la vigorosa creación política, social, científica, institucional, cultural y económica de los hombres y mujeres civiles en Venezuela de distintas áreas, sectores sociales y perspectivas políticas. Nos encontramos frente a una situación de verdadera crisis cultural: ya no se trata de visiones de país que pueden competir en escenarios pacíficos y democráticos, sino de una ruptura peligrosísima de los lazos sociales y culturales que garantizan la convivencia. Desde luego, tales lazos pueden construirse en futuros escenarios.

Las políticas culturales de los Estados nacionales parten de una ficción (Benhabib, 2011, cap. 1, location 307): existe una cultura nacional delimitable y plenamente reconocible que habría que apoyar y difundir. El que sea una ficción no quiere decir que siempre sea “mentira”, en el sentido de una manipulación interesada con fines políticos inconfesables; quiere decir que es una narrativa, una forma de plantear las razones para estar juntos en tanto miembros de una nación. Un ejemplo es lo que llamamos “música llanera” –que incluso ha sido sinónimo de música venezolana; en realidad no es solamente venezolana, sino también

colombiana, pero tal situación no impide que veamos el legado del compositor e intérprete Simón Díaz (1928-2014), (quien por cierto hizo su prolífica carrera de compositor e intérprete sin requerir ayuda del Estado) como epítome de lo nacional venezolano proyectado internacionalmente. Otro caso es el del Sistema Nacional de Orquestas Infantiles y Juveniles –fundado en 1978 y que ha contado con el apoyo del Estado en sus cuarenta años de existencia– que interpreta compositores fundamentalmente europeos pero es la institución cultural estatal con más presencia y arraigo en todos los sectores del país.

En sociedades democráticas, y esto es fundamental para la Venezuela del futuro, el punto nodal de lo que se debe o no acompañar en el terreno cultural es cómo y quién toma las decisiones en el contexto de naciones multiculturales, conflictivas, diversas política, social y educativamente hablando, que forman parte de un mundo globalizado. Hay retos insoslayables:

- La lealtad y el arraigo nacional no pueden traducirse en expresiones fundamentalistas identitarias en respuesta a las corrientes globalizadoras.
- Es indispensable la democratización de las decisiones en cuanto a los valores y prácticas, que deben ser acompañadas por las políticas de Estado.
- Cómo no quedarse cruzado de brazos ante industrias culturales que promocionan mercancías efímeras o ante el desafío de convertir en democráticos a Estados autoritarios como el venezolano, que han transformado, por poner un ejemplo, la radio y televisión públicas en agencias de publicidad de la revolución.
- El fomento de la convivencia democrática entre sectores polarizados con un alto grado de desconfianza mutua.

Se trata de tareas difíciles porque la democracia lo es; tampoco es sencillo en el contexto de las ciencias sociales y las humanidades de todo el continente plantearse estos problemas. Predomina la crítica al neoliberalismo y el cuestionamiento a los Estados con “gobiernos de derecha”, mientras que las críticas a las tendencias autoritarias de los gobiernos de izquierda (Cuba y Venezuela, por ejemplo) son vistas con sospecha. Así mismo, desde las elites revolucionarias, la visión gramsciana de la hegemonía cultural en sus diversas variantes previene

respecto a los consensos, vistos como simples trampas de la herencia del liberalismo político o como concesiones a las elites intelectuales neoconservadoras o las elites políticas y económicas neoliberales. Pero no cabe duda que tales consensos mínimos serán necesarios:

Deberíamos considerar las culturas humanas como constantes creaciones, recreaciones y negociaciones de fronteras imaginarias entre “nosotros” y el/los “otro(s)”. El “otro” siempre está también dentro nuestro y es uno con nosotros. Un sí mismo es un sí mismo sólo porque se distingue de un “otro” real, o más que nada imaginado. Las luchas por el reconocimiento entre los individuos y los grupos son en verdad esfuerzos por negar la condición de “otredad”, en la medida en que se cree que la otredad implica falta de respeto, dominación y desigualdad. Los individuos y los grupos luchan por el respeto, la autovaloración, la libertad y la igualdad manteniendo a la vez cierto sentido de sí mismos. Ya sea en la psiquis de la persona o en la comunidad imaginada de una nación, es muy difícil aceptar al “otro” como profundamente diferente y a la vez reconocer su igualdad y su dignidad humana fundamental. *Creo que la tarea de la igualdad democrática es crear instituciones imparciales en la esfera pública y en la sociedad civil en las que la lucha por el reconocimiento de las diferencias culturales y la disputa por los relatos culturales puedan llevarse a cabo sin dominación.* Las ideologías y los movimientos nacionalistas rechazan la “otredad” inherente en la raíz de toda cultura. La mayoría de las veces buscan “purgarla” de los elementos impuros o foráneos y así volver a convertirla en una totalidad (Benhabib, 2011, cap. 1, location 410; las cursivas son mías).

El terreno cultural tiene la ventaja de que es posible lograr con mayor rapidez los consensos en torno a puntos clave de la creatividad y de la historia nacional, pero las coincidencias solo pueden ser el punto de partida para entender las diferencias: el “otro” en el “nosotros”. Las políticas de Estado tienen que fundarse en el diálogo intercultural, en la capacidad de identificar los sentidos que tienen las prácticas y valores de distintos sectores sociales, cuyas maneras de relacionarse con lo nacional son diversas. Vale no solamente para las diferencias étnicas y socioeconómicas, sino también para la manera en que cada quien vive su singularidad frente a lo colectivo. Dice el sociólogo Danilo Martuccelli en entrevista concedida a Martinic y Soto (2010, p. 7):

El individuo es aquel que enfrenta experiencias sociales, no necesariamente actúa, no necesariamente las resuelve, no necesariamente sale airoso (como es el caso en el pragmatismo). Es alguien que está obligado (condenado, diría Sartre) a tener que enfrentar experiencias vitales y esa dimensión experiencial es la que a

mí me parece muy rica. A condición, por supuesto, de lograr dar con el carácter histórico y estructural de las pruebas propias de la sociedad.

Las políticas culturales deben entender los contextos de estas “experiencias sociales” de las que habla Martucelli: hombres y mujeres de diferentes edades, formas de vivir su género y orientación sexual; con desigual acceso a la educación, al conocimiento y a la información (García Canclini, 2004, pp. 79-82), que radican en regiones distintas, en entornos socioeconómicos diversos y provienen o no de migraciones recientes. Tales hombres y mujeres consumen música, narraciones, imágenes, alimentos reconocidos tradicionalmente como nacionales pero también de otras partes del mundo. Han estado expuestos a la industria cultural estadounidense y también a la latinoamericana y caribeña sin desdibujarse en una masa homogénea. Son opositores o revolucionarios desde distintas razones, visiones, estilos de vida, raíces étnicas y proyectos de nación. Solamente entendiendo las variadas identidades que se cruzan en ellos se pueden sostener políticas de Estado que estimulen, reconozcan y hagan énfasis en la necesidad de subrayar lo que implique una mejor manera de vivir juntos. Nada más reaccionario que entender el “pueblo” como una masa homogénea, una suerte de enorme niño que tiene en el Estado su protector: se trata de millones de individuos con muy diversos orígenes, metas y formas de interacción colectiva.

Para el filósofo Luis Villoro (2004, pp. 135-146), la política cultural más eficaz es aquella que refuerce cuatro principios básicos para evaluar una “cultura nacional”, entendida, insisto, en el sentido de amplios consensos sobre lo estimable a apoyar desde las políticas públicas y no como una realidad dada que hay que preservar del cambio y las amenazas externas. Tales principios éticos son: autonomía, autenticidad, sentido y eficacia. Las decisiones sobre prácticas y valores deben provenir de los involucrados y de una institucionalidad fuerte, no de una imposición de cualquier naturaleza, nacional o extranjera; igualmente, tales decisiones deben ser coherentes con los múltiples sentidos, intenciones, necesidades y deseos de los miembros de la nación. Las políticas culturales también deben responder a determinados fines, como podrían ser los derechos humanos, derechos a la autodeterminación, pluralismo político, libertad de expresión y creación, respeto a las diversas corrientes de pensamiento, libertad de cultos. Por último, deben ser eficaces en el sentido de plantear soluciones racionales a los dilemas de las naciones frente a los retos de la globalización y frente a sus retos internos. Estos cuatro principios, según Villoro, deberían sustentar políticas culturales (pp. 148-152) capaces de respaldar y acompañar la apropiación

creativa de las influencias globales; subrayar las prácticas y valores que dan sentido a la vida de la gente dentro de los límites específicos del contrato social democrático; entender los retos tecnológicos, culturales, políticos y ecológicos de la globalización; y propiciar la discusión permanente de los deberes y derechos con los propios valores y prácticas y con los valores y prácticas de otros grupos e individuos en situación de minoría.

Una de las grandes debilidades de las políticas culturales actuales en Venezuela es su incapacidad para entender la globalización no como una situación a abordar, sino como una amenaza del capitalismo global de la que hay que defenderse. No comprende el papel económico de las industrias culturales en el logro de la prosperidad colectiva e individual porque interpreta tal papel como propio de las sociedades capitalistas explotadoras. Rechaza la posibilidad de autonomía ciudadana a través de la cultura porque asume esa autonomía como “individualismo egoísta” y no como conciencia de la propia responsabilidad y el propio destino en el contexto de la vida colectiva (Held, 2007, p. 371). Como su visión de las políticas culturales no es crear consensos, sino construir la hegemonía socialista sin contar con un Estado eficiente en cuanto a gestión, se apunta a crear lealtades subsidiando la demanda cultural y a grupos o individuales que no hacen ninguna crítica relevante: el Sistema Nacional de Culturas Populares exige a sus miembros abierta adhesión al Plan de la Patria y el cine fuertemente crítico al sistema político no existe como sí existió en otras épocas, por ejemplo, en los años setenta del siglo pasado. Son políticas incoherentes porque se trabaja con industrias culturales como el cine, la radio, la televisión, la edición pero al mismo tiempo se fomenta en la Ley Orgánica de Cultura vigente y desde el Ministerio del Poder Popular para la Cultura una visión premoderna y artesanal de la “identidad cultural venezolana”. La autonomía, en cuanto a decisiones en políticas públicas, es vista en función de un discurso antiimperialista calcado de la época de la Guerra Fría y antiglobalizador por espíritu de sospecha; la autenticidad como premodernidad; el sentido como hegemonía del poder del Estado en la construcción de una “ética” y “estética” socialistas; y la eficacia choca con la incompreensión del papel de las industrias culturales y las tecnologías de la información y la comunicación en la conformación de las sensibilidades contemporáneas. Solo un Estado petrolero puede sostener esta fantasía que mezcla el siglo XIX con la modernidad en harapos de la Revolución Cubana: el Estado comunal es solamente la utopía de un millonario, como afirma la ya citada Margarita López Maya (González, 2013, p. 25), refiriéndose a esta idea promovida por el difunto Hugo Chávez Frías sustentado en la chequera petrolera.

Voluntad política de consenso y un liderazgo realmente consciente del poder de la cultura podría ser capaz de desmontar una maquinaria estatal construida para excluir por razones políticas, preservando y fortaleciendo la institucionalidad lograda a través de décadas y creando los mecanismos de deliberación y participación necesarios para que el conflicto tenga cauces y no sea la fuerza arrolladora que constituye actualmente. Es imperativo que el liderazgo del futuro entienda que tomando en cuenta los valores y prácticas culturales a la hora de hacer política, la democracia encarna como fuerza modeladora de la vida colectiva. No cabe duda en cuanto a que los conflictos siempre existirán, el punto es qué hacer con ellos a través de la reinención permanente de la democracia:

La democracia también se relaciona con la creación permanente de lo nuevo. Las prácticas colectivas para esta creación permanente de lo nuevo son un punto al que confluyen nuestros intereses más básicos: nuestro interés primordial por el progreso práctico, nuestro interés primordial en subvertir la predestinación por clase y cultura, nuestro interés moral en la conciliación de las condiciones conflictivas de la autoafirmación individual y nuestro interés primordial en el compromiso sin claudicación (Mangabeira Unger, 2010, p. 144).

BIBLIOGRAFÍA

BENHABIB, S. (2006). *Las reivindicaciones de la cultura. Igualdad y diversidad en la era global* [versión Kindle]. Buenos Aires: Katz.

BENHABIB, S. (2011). *Las reivindicaciones de la cultura. Igualdad y diversidad en la era global* [versión Kindle]. Buenos Aires: Katz.

BHABHA, H. (2010). "Introducción. Narrar la nación". *Nación y narración*. México: Siglo Veintiuno Editores, Clacso, pp. 11-19.

CABALLERO, M. (2001). "Conciencia nacional y conciencia histórica". *Los rostros de la identidad II. Simposio: Venezuela: tradición en la modernidad*, pp. 35-55. Caracas: Equinoccio-Fundación Bigott.

CAMPOS, M.A. (2001). "Nosotros". *Los rostros de la identidad II. Simposio: Venezuela: tradición en la modernidad*, pp. 185-194. Caracas: Equinoccio-Fundación Bigott.

GARCÍA CANCLINI, N. (2005). “Definiciones en transición”. En Daniel Mato (comp.). *Cultura, política y sociedad. Perspectivas latinoamericanas*, pp. 69-81. Buenos Aires, Argentina: Clacso, Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales.

GARCÍA CANCLINI, N. (2004). *Diferentes, desiguales y desconectados*. Barcelona: Gedisa.

GONZÁLEZ, D. (2013). *El Estado descomunal. Conversaciones con Margarita López Maya*. Caracas: Libros de El Nacional.

GRIMSON, A. (2011). *Los límites de la cultura*. México: Siglo XXI Editores.

HALL, S. (2010). *Sin garantías. Trayectorias y problemáticas en estudios culturales*. Bogotá: Universidad Javeriana, Instituto de Estudios Peruanos, Universidad Andina Simón Bolívar, Envió Editores.

HELD, D. (2007). *Modelos de democracia*. Madrid: Alianza Editorial.

HELD, D. y MCGREW, A. (2003). *Globalización / antiglobalización. Sobre la reconstrucción del orden mundial*. Barcelona: Paidós.

KOZAK ROVERO, G. (2015). “Revolución Bolivariana: políticas culturales en la Venezuela socialista de Hugo Chávez (1999-2013)”. *Cuadernos de Literatura*, 37, pp. 38-56.

KOZAK ROVERO, G. (2014). “Cultura en la ley: nación, pueblo, historia y democracia en la Revolución Bolivariana”. *Anuario Ininco*, 26.

Ley Orgánica de Cultura. (2014, 19 de noviembre). *Gaceta Oficial de la República Bolivariana de Venezuela* N° 6.154 extraordinario.

MANGABEIRA UNGER, R. (2010). *La alternativa de izquierda*. México: Fondo de Cultura Económica.

MARTÍN BARBERO, J. (2001). “Las identidades en la sociedad multicultural”. *Los rostros de la identidad*, pp. 35-56. Caracas: Equinoccio-Fundación Bigott.

MARTINIC, R. y SOTO, N. (2010). “La sociología en los tiempos del individuo”. Entrevista a Danilo Martuccelli. *½ Vínculo, 1*, pp. 1-26.

TORRES, A.T. (2009). *La herencia de la tribu: del mito de la independencia a la Revolución Bolivariana*. Caracas: Editorial Alfa.

VILLORO, L. (2004). “Aproximaciones a una ética de la cultura”. En L. Olivé (comp.). *Ética y diversidad cultural*, pp. 130-152. México: FCE.